

Hostos, filósofo moralista

EUGENIO María de Hostos (1839-1903) es uno de los más austeros y aun seductores apóstoles contemporáneos de moral social y de moral individual. Echa las bases de una ciencia nueva: la moral social, rama de la sociología, y cuyo objeto no es otro que la aplicación de leyes morales—que él descubre—a la producción y conservación del bien social.

Grande y generoso optimista, cree Hostos en el progreso del hombre hacia el ideal del bien, y trata de acelerar ese progreso. El hombre se elevará por el desarrollo del espíritu, por el aumento de la conciencia, hasta llegar a penetrarse de la esencia del mundo, que no está por encima del conocimiento humano.

De ahí su afán redentorista por medio de la instrucción, a la que consagró tan fecundos y trascendentales esfuerzos. De ahí que este hombre augural, portador de buenas nuevas al espíritu, descubra y enseñe cómo «el problema de la moral consiste en hacer que el hombre de esta civilización sea tan digno y tan bueno, tan racional y tan consciente, como de la íntima correlación de la razón con la conciencia y de la conciencia con el bien, resulta que debe ser y puede hoy ser».

La moral de Hostos carece de sanción ultraterrena. ¿Por qué? Porque Hostos imagina: «Ni la razón ni la conciencia necesitan para la práctica del deber y para la busca reflexiva del bien de otros estímulos que la excelsa dignidad del bien y del deber». Debemos esclavizarnos a la moral, no por el menguado utilitarismo de Franklin, sino por una superior y desinteresada conveniencia. En su *Tratado de Sociología* indica el maestro que las muchedumbres son incapaces de comprender que los fines religiosos y morales son fines de bien social, y que, por tanto, «son dependientes, estrictamente dependientes, de la moral y de los fines morales de la vida humana».

Carece también la moral de Hostos de fundamento metafísico: es de orden natural. «La moral—dice—no se funda más que en realidades naturales, y no se nos impone ni gobierna la conciencia, sino en cuanto sus preceptos se fundan en realidades naturales».

Para comprender esto bien es necesario descubrir la esencia íntima de la moral hostosiana, que se basa en una armónica relación preexistente entre el hombre y la Naturaleza, de la cual es parte integrante.

Descubrimos un orden de la Naturaleza, eutritmia u orden natural, que la conciencia humana es capaz de comprender y comprende. Ahora bien: «La sociedad es un aspecto de la Na-

turalidad»; luego es de orden natural, y como el hombre es componente de la sociedad, no puede salirse tampoco de ese orden: existe, pues, una relación de la sociedad con el hombre y del hombre con la Naturaleza.

Esas relaciones se rigen: una, por la moral individual; otra, por la moral social. Pero el universo moral, como conexo con el hombre, que es producto de la Naturaleza, resulta de orden natural y obedece a leyes naturales. «Estamos ligados por nuestro organismo corporal—dice Hostos—con la naturaleza, de que es parte, y de ese vínculo natural entre todo y parte se derivan las relaciones de la moral natural. Nos relaciona de un modo más inmaterial con nuestros organismos intelectual, volitivo y afectivo la que llamamos naturaleza moral o humana, y en todas las relaciones de ese orden se funda la moral individual...»

De una serie de relaciones con la naturaleza social nace la moral social.

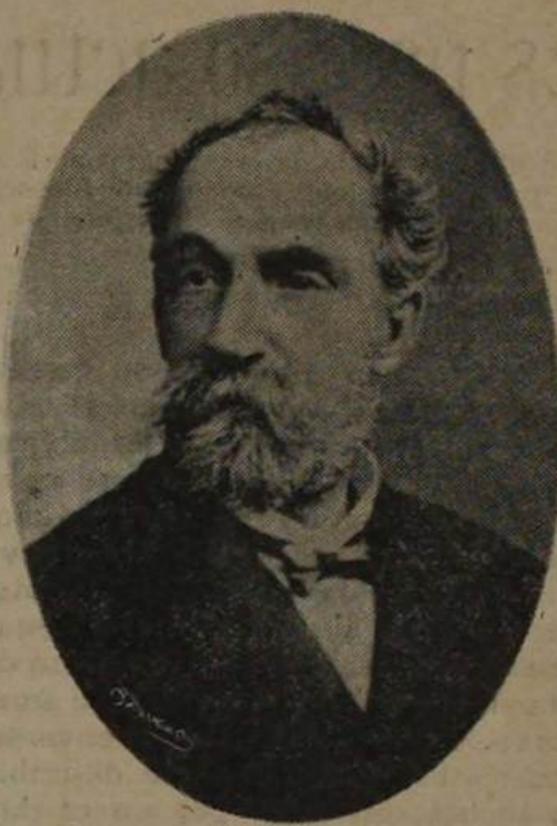
Pero social, individual o natural, esta moral humana es un acorde del concierto cósmico.

La moral, es decir, la armonía, el orden del ser consciente, está dentro de la Naturaleza, y obedece a leyes naturales, como la armonía del cosmos, de la que es correlativa.

El cumplimiento del deber le parece al moralista americano una nota estética, y por ello grata en sí y de delicioso cumplimiento. Considera el deber como una deducción espontánea de cuantas relaciones nos ligan con el mundo externo, con el mundo interno y con el mundo social. Existe para el hombre un deber máximo: el deber de los deberes, que «consiste en cumplirlos todos, cualquiera que sea su carácter, cualquiera el momento en que se presente a activar nuestros impulsos, o a despertar nuestra pereza, o a convencer nuestra razón, o a pedir su fallo a la conciencia».

Tan alto y tan noble resplandece el apóstol de esta doctrina, tan desligado del polvo se cierne en los espacios abiertos su generoso espíritu, que esa misma nobleza inigualable y esa misma altitud inalcanzable son el mayor reparo que pudiera oponerse a la ética hostosiana.

Esta ética, en efecto, parece concebida para un mundo mejor, para un mundo de humanidad más fácilmente perfectible. Pero el hombre que conocemos, desde el cavernícola hasta Platón, ha necesitado siempre para la busca del bien y el cumplimiento del deber de estímulos más eficaces que la exclusiva dignidad del deber y del bien.



EUGENIO MARÍA DE HOSTOS

El hombre no es bueno ni acaso lo sea nunca: lo confirma la Historia.

La barbarie desencadenada en Europa con motivo de la guerra de 1914, los asesinatos en masa, la destrucción de catedrales, el incendio de bibliotecas, el empeño de unos pueblos en destruir naciones enteras y aniquilar razas íntegras, porque estas razas y estas naciones demoran más allá de un río o de una montaña, o porque hablan en tal o cual lengua, o adoran a tal o cual dios, o comercian por tantos o cuantos miles; todas las crueldades inútiles y sistemáticas que han quitado a Europa el derecho de llamar bárbaro a ningún pueblo contemporáneo prueban que ni la Filosofía, ni la Ciencia, ni el Arte, ni largos paréntesis de cultura pacífica logran desterrar por completo la parte bestial que hay en el hombre. A la primera ocasión propicia la bestia resurge triunfante y feroz.

El hombre no es bueno ni acaso lo sea nunca: lo confirma la Ciencia.

El biólogo Ramón y Cajal, apoyándose en Weisman, expone recientemente que «ninguna de las adaptaciones culturales y sociales del hombre se ha transmitido todavía a las células germinales ni adquirido, por lo tanto, carácter hereditario». El célebre biólogo arriba a muy pesimista conclusión: «Por imposición fatal de la inercia nerviosa, nuestros descendientes serán tan perversos como nosotros... Nadie ha logrado suprimir o corregir nada de esas células nerviosas, portadoras de instintos crueles, legado de la más remota animalidad y creados durante períodos geológicos de rudo batallar contra la vida ajena...»

R. BLANCO FOMBONA.

(El Sol, Madrid).